

M. Larionova

Curiosidades etimológicas, o las palabras son la llave del mundo

Marina Larionova, Dra. en Filología,
Profesora titular del Depto. del Español
de la Universidad MGIMO, Moscú, Rusia.
larionova.m@list.ru

Resumen. En las lenguas con una historia larga y rica, como el español, entramos en contacto tanto con las palabras y expresiones que están en la boca desde los tiempos más antiguos, como con las que acaban de surgir e integrarse en su vocabulario. No obstante, es preciso tener en cuenta que saber la historia de las palabras que encierran en sí una profunda experiencia cognitiva, acumulada por generaciones de personas que comparten los hábitos lingüísticos y la misma historia, entender su significado original y su uso, permite conservar la lengua y la cultura.

Palabras clave: lengua española, etimología, enfoque linguocultural, experiencia cognitiva.

Marina Larionova

Etymological curiosities or words are the key to the world

Abstract. In languages with a long and rich history, like Spanish, we get in touch with the words and expressions that are in the mouth from the earliest times, as well as with those that have just emerged and integrated the vocabulary. However, it is necessary to realize that knowing the history of the words that contain a deep cognitive experience, accumulated by generations of people who share the linguistic habits and the same history, and understanding its original meaning and its use, allows to preserve the language and the culture.

Key words: Spanish language, etymology, lingua-cultural approach, cognitive experience

М. В. Ларионова

Занимательная этимология, или слова – это ключ от мира

Аннотация. В языках, имеющих длинную и богатую историю, таких как испанский, мы соприкасаемся как со словами и выражениями, которые знаем с детства, так и с теми, которые только что появились и совсем недавно интегрировались в словарный запас языка. Однако необходимо иметь в виду, что знание этимологии слов, заключающих в себе глубокий когнитивный опыт, накопленный поколениями людей, которые разделяют языковые традиции и имеют общую историю, умение понимать их первоначальный смысл и употребление, позволяет сохранить язык и культуру народа.

Ключевые слова: испанский язык, этимология, лингвокультурология, когнитивный опыт.

Las palabras son la llave del mundo: no son simples sonidos que pronunciamos, sino encierran en sí una profunda experiencia cognitiva, acumulada por generaciones de personas que comparten la misma lengua, cultura e historia. Es sabido que los tópicos de conducta y los tópicos de pensamiento se manifiestan a través de la lengua. En definición de E. Sapir [1], la cultura representa el corpus tradicional de las costumbres sociales cuya percepción está mediatizada por el lenguaje y fundada inconscientemente en los hábitos lingüísticos del grupo. La cultura nacional es el concepto del universo, la visión del mundo que posee una comunidad y que se manifiesta mediante su lengua. Según E. Sapir, «*la cultura define el qué hace y piensa una sociedad dada y la lengua es el cómo lo piensa*» [1, p. 193]. Resulta importante entender que a través de la lengua una cultura estructura la realidad, clasifica el conocimiento y rige normas de la conducta verbal. No puede haber comunicación fuera de la cultura y la historia.

Las palabras, al igual que los idiomas, los países y las personas, poseen su propia historia y su propio carácter. Las palabras no solo acumulan tesoros cognitivos de una sociedad, sino abrigan sentimientos, conocimientos e ilusiones. Las palabras representan la diversidad y complejidad de las relaciones sociales y sirven como medios para la comunicación en contextos sociales compartidos: en la paz y en la guerra, en la amistad y en el amor, en el ocio y en el negocio, en las aulas universitarias o fuera de ellas [2, pp. 452–453]. Hay palabras bonitas y feas, raras y corrientes, tristes y divertidas, existen palabras curiosas, interesantes y, al revés, sosas, como la sopa sin sal.

La evolución de algunas palabras y su origen curioso a veces son realmente llamativos y merecen una detallada investigación. La etimología es la disciplina lingüística que se ocupa del origen de las palabras y su incorporación al idioma, así como de las fuentes de su origen, su identificación y de la investigación sobre las transformaciones de su forma y su significado que han sufrido con el tiempo. Huelga mencionar que la etimología está muy ligada a la historia y alberga muchas curiosidades que merecen ser sabidas y contadas.

La lengua española es muy afortunada porque cuenta con dos, como mínimo, fuentes de altísimo rigor y mayor autoridad científica para resolver las posibles dudas etimológicas. Ante todo, se tiene en cuenta el famoso *Diccionario de autoridades*, que se publicó por la Real Academia Española en el siglo XVIII, entre los años 1726 y 1739. Fue el primer intento lexicográfico exitoso de extraordinaria importancia de crear un «*diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*» [3]. El Diccionario de Autoridades debe su título al hecho de acompañar cada palabra incluida en la edición de una cita o referencia a una norma culta sustentada en el uso de los mejores escritores españoles, aquellos que, como se advierte en el prólogo al Diccionario, a juicio de la Academia «*han tratado la Lengua Española con la mayor propiedad y elegancia: conociéndose por ellos su buen juicio, claridad y proporción, con cuyas autoridades están afianzadas las voces*» [3].

La segunda fuente es el incomparable *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, obra por excelencia, cuyo valor científico resulta difícil superar. Es la obra en cuatro volúmenes realizada por el filólogo catalán Joan Coromines (o Corominas, según se escribe en español), y publicada en primera edición en 1954 [4]. Según reconoce el autor en el prefacio a la tercera edición, su obra «*se ha escrito con objeto de informar breve y claramente de lo que se sabe acerca del origen de las palabras castellanas comúnmente conocidas por la gente educada. He pensado, pues, en cuatro tipos de lectores: estudiantes de todas las disciplinas (...); extranjeros cultos que tratan de adquirir del castellano un conocimiento algo sistemático, no meramente práctico; profesores que enseñen cualquier materia (...) y, en general y muy especialmente, todo el público educado de lengua castellana que no se contente con un conocimiento superficial de su idioma*» [5, p. 5].

Los diccionarios etimológicos son herramienta fundamental a la hora de llevar investigaciones en esta esfera linguocultural. Cabe reconocer que la etimología es terreno abonado para todo tipo de fantasías e invenciones. Existen muchos casos de etimologías incorrectas que se basan en confusiones, errores o especulaciones, sobre todo, si tomamos en cuenta la fuerza de creación y de propagación que tiene actualmente Internet. Entre otros muchos, pongamos como ejemplo la etimología popular de la palabra **don**. En numerosos sitios web dedicados a la etimología, se puede leer que la palabra *don* es un acrónimo de la expresión «*de origen noble*». Esta afirmación muy poco tiene que ver con la etimología verdadera del vocablo *don* que proviene de *dominus* que en latín significaba «*señor*».

Otro caso de etimologías equivocadas son las frases que tienen que ver con el nombre de Julio César, como si no fueran suficientes los verdaderos méritos de este romano legendario. Siguiendo la sabiduría popular, hace falta dejar *al César lo que es del César*, sin multiplicar sus logros, ni que fueran pocos. Julio César se destacó como uno de los dictadores más distinguidos por sus victorias militares y políticas, no como cocinero a quien le dio por inventar ensaladas. La conocida y apreciada *ensalada César* nada tiene

que ver con Julio César, su nombre se le atribuye al cocinero italoamericano César Cardini, autor de esta receta original. Tampoco es correcta la convicción de que el procedimiento de la *cesárea* lleva su nombre en honor a Julio César porque nació gracias a esta intervención. En realidad, su origen se atribuye a la *Lex caesarea*, dictada por Numa Pompilio mucho antes del nacimiento de Julio César. La ley ordenaba operar a toda mujer que estuviese a punto de morir con la intención de salvar al hijo, y procedía del verbo *caedere* que en latín quería decir «cortar».

No obstante, llevarse por el engaño etimológico no es cosa poco frecuente ni es nada nueva. En el mismísimo Diccionario de Autoridades, bajo la entrada «*etymología*» se puede leer que «*muchos reciben engaño en las etymologías*» [3]. Es muy arraigado el fenómeno conocido como *etimología popular* que radica en los errores de pronunciación o de significado que surgen espontáneamente por causa de una confusión con otra palabra que posee una forma similar pero no comparte el mismo origen etimológico. Las etimologías populares carecen de fundamento lingüístico porque asocian la palabra a una raíz a la que no pertenece. El Diccionario de la Lengua Española (DLE) define este fenómeno lingüístico como «*interpretación espontánea que se da vulgarmente a una palabra relacionándola con otra de distinto origen. La relación así establecida puede originar cambios semánticos*» [6]. Como ejemplo, bien pueden servir las voces siguientes: *andalias*, del verbo *andar*, en vez de *sandalias*; *alicóptero* que sustituye *helicóptero*, palabra formada a raíz de un cruce con *ala*, probablemente, por la capacidad de volar y por la forma de las hélices; *vagamundo* con la palabra *mundo* que ha colado para reforzar la idea del desplazamiento de un lugar a otro, de una persona sin determinado oficio, ni beneficio.

Muchas palabras que usamos hoy en día en el habla cotidiana tienen un origen realmente curioso y una historia de la que se puede aprender. A nuestros días han llegado muchas voces y expresiones, cuya acepción actual es totalmente distinta a la original o queda tan transformada que cuesta trabajo encontrar su verdadero significado. Es curioso que algunas palabras cotidianas posean una raíz etimológica que nada tiene que ver con su uso actual y que haya sido el paso de los años que las ha transformado. Como ejemplo pongamos el vocablo *rival*.

En el uso actual, ya desde hace siglos, entendemos el significado de *rival* como *enemigo*, *adversario*, es decir, aquella persona que se interpone en el camino pretendiendo alcanzar el mismo objetivo, persona que compite con otra por superarla o por obtener una misma cosa. *Rival* procede del término *rivalis*, cuyo significado era «*el que está/vive al otro lado del río*» (*rivus* en latín). ¿Y qué hay en común entre un *rival* y un *río*? Pues, el vínculo es mucho más profundo de lo que puede parecer a simple vista. En la época romana los rivales eran aquellas personas que compartían por derecho las aguas de un mismo arroyo. El oficio de repartir agua habría provocado en el pasado muchas peleas entre agricultores, ganaderos y otra gente que la necesitaban. Era por eso que los rivales en innumerables ocasiones llevaban disputas y enfados con los vecinos del otro lado por cuestiones del uso del cauce o por los derechos que creía tener uno u otro sobre el mismo. Estas peleas por el agua no eran nunca definitivas, pues los *rivales* sabían que todos necesitaban agua para vivir. Dicho sea con otras palabras, todos pugnaban por un mismo objetivo. Este contenido histórico degeneró en el actual significado de la palabra *rival* con ayuda del mecanismo semántico de la metáfora. De modo que, si tienes un *rival* ahora, por grave que sea la rivalidad, piensa en si compartes agua de un mismo cauce con él.

Otro ejemplo de un origen etimológico curioso de las palabras que merece un estudio aparte y una atención particular, es el sustantivo *azafata*. El vocablo proviene del árabe hispánico *assafá*, *azafate*, y este del árabe clásico *safa*, lo que significa *canastillo* o una *bandeja* con borde de poca altura donde las mujeres ponían sus joyas, perfumes y demás adornos u objetos pequeños. Posteriormente, gracias al arte de la metonimia, la doncella que gozaba del privilegio de portar el azafate a la reina o que ayudaba a las grandes señoras a vestirse y acicalarse, llegó a llamarse *azafata*. En el Diccionario de Autoridades podemos leer: «*Azafata: f. Oficio de la Casa Real, que sirve una viuda noble, la qual guarda y tiene en su poder las alhajas y vestidos de la Réina, y entra à despertarla con la Camaréra mayor, y una señora de honor, llevando en un azafate el vestido y demás cosas que se ha de poner la Réina, las cuales vá dando à la Camaréra mayor, que es quien las sirve. Llámase Azafáta por el azafate que lleva y tiene en las manos mientras se viste la Réina*» [3]. Más tarde la palabra *azafata* adoptó su acepción moderna: empleada de la compañía de aviación que atiende a los pasajeros durante el vuelo. Es curioso que el diccionario académico de la lengua española — DLE — en su última vigesimotercera edición, publicada en octubre de 2014, recoja la palabra en ambas formas — *azafata*, femenino y *azafato*, masculino— para designar a «*persona encargada de atender a los pasajeros a bordo de un avión, de un tren, de un autocar, etc.*» [6]. En el Diccionario Panhispánico de Dudas encontramos la siguiente explicación a propósito: «*Al ser labores tradicionalmente desempeñadas por mujeres, hasta no hace mucho solo existía la forma femenina azafata; dado que hoy también las realizan hombres, se ha creado, y es plenamente válido, el masculino azafato (...). Para referirse al auxiliar de vuelo se emplea en gran parte*

de América el término aeromozo» [7]. También este diccionario tiene incluida la voz *cabinera*, azafata de avión, derivada de cabina, que se emplea en Colombia y Ecuador.

Muchas palabras del español tienen un origen realmente curioso. Cada día usamos en el habla muchas palabras, cuyo significado no nos despierta dudas y parece asignado una vez y para siempre, sin que nos demos cuenta de dónde viene. Sin embargo, las curiosidades etimológicas sirven de puentes entre el pasado y el presente y son fuentes inagotables que nos proporcionan conocimientos valiosos.

Por ejemplo, es notable saber que la palabra *bachiller* está formada del vocablo *baccalaureatus*, que denominaba en el latín el primer grado que recibían los que cursaron con éxito los estudios en la Universidad. Les coronaban con una rama de laurel con sus frutillas, bacas, para destacar de esta manera los logros y los méritos excepcionales de recibir grado en alguna de las facultades universitarias que había entonces: *Artes, Theología, Leyes, Cánones o Medicina* [3].

El sustantivo *armario*, tan familiar a primera vista, etimológicamente proviene de la voz latina *armarium* que quería decir *lugar donde se ponen las armas con el fin de guardarlas con llave*. Así era durante muchos siglos, cuando el armario servía sólo para encerrar armas y armaduras, mientras que los demás objetos se guardaban en arcas, cofres o en aparadores. De modo que, al abrir el armario, ¡jojo!, no sea que se nos caiga encima algún arma.

La palabra *negocio* que se emplea a cada paso en estos tiempos que corren, está formada de la unión de los términos latinos *nec* y *otium*, literalmente «*lo que no es ocio*». En latín la palabra *otium* significaba *ocio*, o sea, reposo, y designaba todas las acciones de descanso, disfrute, igual que las ocupaciones y labores por las cuales no se esperaba cobrar ninguna recompensa. Mientras que el resto de actividades que se realizaban para ganarse el sustento, se designaban mediante la negación *nec otium*, que acabó convirtiéndose en la palabra *negocio*. Acaso en nuestra sociedad de consumo, en que el negocio pasa a ser norte de la vida para muchos, cuyo objetivo principal es obtener ganancias y adquirir riquezas, deberíamos pensar más sobre el hecho de que en los tiempos de antaño el *ocio* era lo principal y el negocio no constituía más que la simple negación del primero.

No menos preceptiva es la historia etimológica de la palabra *salario* que deriva del latín *salarium* y significa pago de *sal* o por *sal*. Desde los tiempos del antiguo Imperio egipcio y más tarde en el Imperio romano a los funcionarios públicos y a los legionarios les remuneraban su trabajo con sal que en aquella época valía su peso en oro. En la Antigüedad era una de las pocas maneras que se tenía para conservar la comida, acordémonos, por ejemplo, de la carne en salazón. También se usaba la sal como antiséptico para curar heridas. Sabemos bien que la sal motivó la construcción de una antigua calzada desde las salitreras de Ostia hacia Roma, unos quinientos años antes de Cristo. Este camino romano que recorría 242 km recibió el nombre de la *Vía Salaria*. Los soldados que cuidaban la transportación de la sal por esa ruta, cobraban parte de su pago en sal que después les servía como una especie de moneda de cambio. ¡Menos mal que ahora se nos paga con dinero y la sal no es más que un simple condimento para la comida, aunque seguimos llamando *salario* la remuneración que cobramos!

El verbo *apretar* es familiar y conocido, lo usamos normalmente en el sentido de *ceñir algo con la mano o los brazos*. Sin embargo, primeramente, solo quería decir *estrechar algo* cuando se hacía *contra el pecho*, de acuerdo con su significado etimológico que proviene del latín tardío: *appectorāre*, de *p ctus* — pecho.

Dominar los conocimientos sobre el origen de las palabras y su significado resulta de suma importancia y utilidad, si queremos que se entienda la lengua en su conjunto y no como un sistema de signos arbitrarios y convencionales interrelacionados que hace falta aprender y memorizar sin un porqué. Difícilmente se puede ignorar una profunda relación que une la lengua, a través de la cual representamos la visión que tenemos de la realidad, y la cultura de la sociedad que la utiliza. El gran filólogo Rafael Lapesa indica que «*una visión histórica de la constitución y desarrollo de la lengua española*» manifiesta un «*reflejo de nuestra evolución cultural*» [8, p. 3].

Aprender el idioma español a través de las costumbres permite acercarse a la cultura de España y de los países hispanohablantes. Las tradiciones, la comida, las peculiaridades del carácter de la gente, sus gustos, su conducta, etc., son piezas sueltas que forman parte del mosaico cultural español. La identidad de España se forjó como resultado de la fusión de distintas culturas, especialmente la cristiana, la árabe y la judía, en que también repercutieron más tarde las civilizaciones indígenas del Nuevo Mundo. La influencia cultural que experimentó España es notable y muy fuerte, con el paso de los años el país heredó un sinnúmero de costumbres y tradiciones de sus antepasados que dejaron huellas en la lengua.

Es comúnmente aceptado que las culturas viven a través de la lengua y los idiomas son los verdaderos guardianes de las culturas. Analicemos dos ejemplos bonitos de los rituales matrimoniales que se preservaron con rigor en la lengua, aunque parecen haberse convertido en palabras vacías, cada vez más en desuso, en la realidad moderna. La tradición de *pedir la mano* antes de casarse proviene de los tiempos antiguos

cuando para contraer matrimonio con una mujer un hombre debía presentarse en su casa ante el padre de ésta o su tutor y pedirle oficial y formalmente su mano. Actualmente es una práctica considerada por muchos como obsoleta y arcaica, sin embargo, el acto de *pedir la mano* proviene de una antigua tradición recogida en el Derecho Romano. En el Imperio Romano las mujeres gozaban de una serie de derechos, pero la potestad sobre las mujeres pertenecía al hombre bajo el concepto jurídico conocido como *manus* (que en latín significaba *poder*, entre otras acepciones) y que designaba el poder judicial que un varón poseía sobre su hija o esposa. De este modo el acto de *pedir la mano* significaba transferir en manos del pretendiente la responsabilidad y el control sobre la mujer con la que iba a casarse. A partir de tal petición, si era aceptada por el padre de la novia, el pretendiente pasaba a tener la potestad sobre la prometida y se sellaba el acuerdo, como regla, a través de una celebración de la fiesta de compromiso, conocida como *sponsales*. El término proviene del adjetivo *sponsalis* que en latín denominaba a aquel que asumía un compromiso *relativo a la promesa de casamiento*. De esta palabra derivó también el sustantivo *esposo* – *esposa* y por alusión metafórica a su carácter inseparable se denominó *esposas* a las manillas del preso que usa la policía. En nuestros días el novio, a veces arrodillado en el momento de declararle su amor a la mujer, le *pide* a ella (y no a su padre) *la mano y el corazón*, ignorando, no obstante, el reto jurídico que está detrás de su acto y las responsabilidades implícitas que conlleva, convirtiéndolo en pura formalidad.

Como nota curiosa cabe destacar que el vocablo *manus*, como sinónimo de *poder* o *potestad* sobre alguien, en la Antigua Roma no solo se aplicaba a las mujeres, sino también se refería a otras personas en propiedad de alguien, por ejemplo, a los esclavos. Según testimonia el Diccionario de J. Corominas, una *manumisión* en el Imperio romano era el acto de liberar o dejar libre a un esclavo o sirviente [5].

La segunda tradición que merece nuestro comentario etimológico es el viaje que realizan los recién casados y que se conoce como *luna de miel*. La celebración de una boda se acompaña de ritos y tradiciones provenientes de diferentes culturas y épocas que se han entrelazado con el tiempo. Inicialmente la *luna de miel* no se refería a ningún viaje sino al periodo de un mes lunar que transcurría desde que se contraía matrimonio y en el que supuestamente todo era agradable y dulce. La miel figuraba como símbolo del matrimonio. Desde los tiempos antiguos en diferentes culturas existía la costumbre de agasajar a los recién casados con una bebida fermentada hecha a base de agua y miel o con miel pura que se asociaba a la fertilidad, a la dulzura y a la felicidad y servía, según se creía, para acumular energía de los esposos durante el primer periodo de casados. Bien se sabe que los árabes contaban los días por lunas, es decir, por periodos de veintiocho días, mientras que el calendario occidental es solar y divide el año en 12 meses. La procedencia de la expresión *luna de miel* tiene relación directa al antiguo proverbio árabe que reza: *la primera luna después del matrimonio es de miel, y las que le siguen, de absinto, o amargas, como el acíbar*. La costumbre de hacer un viaje después de contraer el matrimonio no tiene que ver con las tradiciones árabes y comenzó a popularizarse solo desde mediados del siglo XIX. Se puso de moda, primero, en la sociedad aristocrática británica y se extendió rápidamente por las cortes reales de la Europa burguesa. Las causas para que los contrayentes emprendieran un viaje a raíz de su boda se atribuían al motivo de visitar a los parientes que no pudieron acudir al enlace. Hoy en día la luna de miel ha perdido su significado inicial y se ha convertido en una diversión más que, debido a los ritmos modernos, ya no dura un mes, ni obliga a tomar miel. Sin embargo, las vacaciones, por cortas que sean, regalan a los recién casados la posibilidad de pasar algún tiempo agradable a solas, descansar y acumular fuerzas para iniciar, de regreso, su vida de casados.

En las lenguas con una historia larga y rica, como el español que se ha nutrido de otros idiomas para configurar su universo lingüístico, entramos en contacto tanto con las palabras y expresiones que están en la boca desde los tiempos más antiguos, como con las que acaban de surgir e integrarse en su vocabulario. No obstante, es preciso tener en cuenta que saber la historia de las palabras, entender su significado original y su uso permite conservar la lengua y la cultura. Con ayuda de la etimología descubrimos que las palabras no son estables ni constantes. ¡Nada más lejos de la realidad! Los vocablos nacen, se construyen, se desintegran y evolucionan con el tiempo y los estudios etimológicos contribuyen a la precisión en el uso del lenguaje que forma una unidad indivisible con la tradición cultural del país, siendo su fiel reflejo y su imagen verbal.

Literatura

1. Sapir E. Selected writings in language, culture and personality, University of California Press, Berkeley, EEUU, 1949. – 618 p.
2. Larionova M., Romanova G. Léxico profesional en un texto mediático: enfoque pragmacognitivo en la enseñanza del EFE // Estudios sobre el léxico. Puntos y contrapuntos. Series: Linguistic Insights – Volume 205: Bern, Berlin, Bruxelles, Frankfurt am Main, New York, Oxford, Wien. 2016. – P. 451–498.

3. Diccionario de autoridades. Documento disponible en línea: URL: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-anteriores-1726-1996/diccionario-de-autoridades> (Consulta: 25, 27, 28 de julio de 2017).
4. *Corominas J.* Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana. – Madrid: Gredos; Berna: A. Francke A. G., 1955–1957, 4 vol.
5. *Corominas J.* Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Documento disponible en: URL: <https://isaimoreno.files.wordpress.com/2017/03/diccionario-etimolocc81gico-abreviado-de-la-lengua-castellana-joan-corominas.pdf> (Consulta: 24, 25, 26 de julio de 2017).
6. Diccionario de la Lengua Española, Edición del Tricentenario. Documento disponible en línea: URL: <http://dle.rae.es/index.html> (Consulta: 24, 25, 26, 27 de julio de 2017).
7. Diccionario Panhispánico de Dudas. Documento disponible en línea: URL: <http://www.rae.es/obras-academicas/diccionarios/diccionario-panhispanico-de-dudas> (Consultas: 24, 25, 26, 27 de julio de 2017).
8. *Lapesa R.* Historia de la lengua española, Gredos, Madrid, 1984. – 690 p.